
otra vez españa

por Luis Adolfo Domínguez

Para los hispanohablantes de América, uno de los grandes misterios de la literatura actual es lo que se está escribiendo en España. Se conoce un poco por referencias, llegan a veces crónicas y mucho más espaciados, llegan libros, algunos de los cuales son hechos por españoles radicados fuera de su país.

Tampoco es para que nos sorprenda mucho eso. Hace unos siete u ocho años, cuando todavía no estábamos de moda los latinoamericanos, fuera de Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera y algunos "nuevos" autores, las letras de nuestro continente eran consumidas en sus países de origen, en el mejor de los casos, y El Salvador no sabía lo que se escribía en Guatemala, Brasil ignoraba lo que hacían en Perú y México desconocía lo escrito en Venezuela, cosas todas que no han variado todo lo que uno quisiera, por cierto.

En medio de este panorama, la aparición de un libro como *Cuentos republicanos*, de Francisco García Pavón,* resulta de interés, pero es inevitable enfrentarse entonces a un curioso efecto, que bien pudiera llamarse de "sorpresa doble", por el estado de ánimo del lector ante la obra.

La esperanza primera por tener entre manos a un autor español, es que resulte algo nuevo y que presente situaciones distintas. El nombre del libro, además, hace albergar ciertas esperanzas también.

Nada. Van saliendo los cuentos y tiene uno enfrente, otra vez, el escenario de *La barraca*, cita García Pavón *Arroz y tartana*, muy adecuadamente, y uno queda, por decisión unánime, congelado. Es de pronto regresarse a Valera, la Pardo Bazán y todos los otros riesgos decimonónicos, y dan ganas de aventar el volumen, porque francamente es el colmo salir con eso a estas alturas.

Afortunadamente, no se avienta un libro así como así, y lo fácil de los relatos hace que permanezca uno en la tarea. Con eso puede llegar a la segunda sorpresa, que es el autor, o sea: el estilo, y con ambos uno justifica semejante anacronismo editorial, porque García Pavón es un escritor en el sentido más castizo y amplio, idiomático sobre todo, del término. Su manejo del lenguaje es magistral, y sus figuras justifican el pintoresquismo.

El avance en la obra lleva definitivamente al deleite y la aprobación, y ya se le

olvida al lector el primer tropiezo.

"El de negro —árbitro o *refrer*— corría también para uno y otro lado, pero en carreras muy cortas, sin fuerza. Toda su potencia estaba en el silbato, que cuando se enfadaba por algo lo tocaba muy de prisa y muy fuerte. Y cuando estaba contento daba unas pitadas largas y melancólicas. Cuando pitaba muchísimo y levantaba los brazos porque no le hacían caso, la plebe o vulgo de sol le decía los máximos tacos del diccionario: el que empieza por C, el que empieza por M y el otro de la madre."

Así es el tono de todos los cuentos, que van pintando escenas de la vida en un pueblo español —Tomelloso—, a través de los ojos de un niño. Esto, que no sería ninguna novedad, se dignifica en ese engolosinamiento idiomático, en el que las palabras van tomando su lugar y valor precisos, de gran altura, que hace recordar los clásicos españoles, cuya extinción significó la de la eficacia del lenguaje y su sumergimiento en una medianía piadosamente disfrazada bajo el adjetivo de crepuscular y que no es más que falta de dominio.

"Poco a poco iba entrando en voz, aspando los brazos y sacando el busto peligrosamente de la barandilla, y se desataba a decir cosas miedosísimas de las ánimas que están en el Purgatorio, de los pecados y de lo que le ocurrió a cierto pecador que

él sabía. A veces se volvía hacia uno y otro lado, como regañándonos a todos, con las manos crispadas y los ojos desorbitados."

La temática no puede ser más española. Hay siempre un telón de fondo lleno de sacerdotes, rosarios, idas a misa y demás elementos locales, que rigen la vida en la península. La mención a La República, bastante grandilocuente desde el título, es sólo un mero pretexto; una referencia difusa e indefinible. García Pavón cita algunos personajes republicanos y señala cierta agitación política, pero no pasa nada. No podría ser de otro modo, obviamente, y el hecho de que el libro se haya publicado primero en España dos veces, antes de llegar a México, es indicio claro de que no podría contener más republicanismo que el de membrete, o lo hubieran prohibido allá sin más.

Eso no tendría, en última instancia, ninguna relación con la calidad de los cuentos, algunos de los cuales son extraordinarios de verdad, pero lo que sucede es que uno se enfrenta al libro muy influido por el título, que nada tiene que hacer encabezando relatos como "Paulina y Gumersindo", una obra maestra de sencillez, que narra la vida pacífica y sin acontecimientos, de un viejo matrimonio de agricultores; otro estupendo relato es "El hijo de madre", en el que sorprende un niño hijo de una prostituta, por su categoría impresionante; otro más, "El entierro del Ciego", que es la reivindicación de los cuadros de costumbres.

Por lo que dice García Pavón, no debe tratarse de un escritor muy joven. Por su forma de escribir, de largos alcances y recursos, tampoco puede ser un escritor que comienza. Debería, pues, ser un autor muy conocido, y no lo es en América. Por lo pronto, a México acaba de llegar otro libro suyo: *Historias de Píndaro*. Supongamos que sea tan bueno como sus cuentos; con eso podría dar un buen salto en el favor del público mexicano, aunque aquí siempre tendría en contra su regionalismo, pero en fin.

música

arrau y beethoven

por Sergio Dorantes Guzmán

Al eminente pianista Edwin Fischer le fue presentado un pequeño de siete años para que le oyese tocar; Fischer preguntó al niño ¿qué deseas tocar?, el niño le respondió ¿qué deseas oír?, conozco todo Bach. Después de oírlo, Fischer no se sintió el más adecuado para guiar a este niño prodigio de nombre Claudio Arrau, por lo que lo recomendó con su maestro Martin Krause. Más tarde, este niño se convirtió en artista de rango internacional, categoría que conserva y consolida cada vez más.

Tuve oportunidad de tratar a Claudio Arrau por vez primera en la ciudad de

Puebla en el año de 1966. Lo acompañamos a visitar las principales manifestaciones del arte barroco de aquella ciudad, pudimos darnos cuenta de que examinaba con ojos curiosísimos hasta el más pequeño detalle, observamos que es una persona que se manifiesta tal como sus interpretaciones, profunda, aguda, plena de saber y de disciplina propia, que no sólo caracterizan su arte, sino su propia personalidad. Su formación es muy amplia, está al día en la producción literaria (sea cual sea el idioma en que se publique, pues domina varios idiomas) siempre ávido de conocimiento. El

* F. García Pavón: *Cuentos republicanos*, Barcelona, Eds. Destino, 1970.